

se desprende la sublimación de su amor; más allá del sexo mismo. Pero cada una de sus palabras está traicionando a la poetisa. En todo momento se nos revela como una mujer en su plenitud juvenil que ha amado y ha estado "tan poseída de amor hacia la vida".

El poema *Más amargo* continúa los motivos del amor, la pérdida del ser amado y el encuentro de éste con la eternidad:

"Se coge al hombre amado con dulzura
y se graba en la piedra una mañana".
"El tiempo de la ausencia duele tanto
que te arranca la piel con su navaja".

Pero llega la pena hasta un abismo "donde el olvido sopla y apaga". En *Más amargo* el tono elegíaco alcanza su mejor clima. La poetisa no se aparta de sus zonas materiales características que la distinguen de otras creadoras. Ojalá alguna editora se interese por una reedición de un mayor número de ejemplares para que su poesía se conozca y se goce en su vital tristeza, en su amorosa alegría.

CLAUDIO SOLAR.



Cuero duro. HERNÁN JARAMILLO. Ed. Nascimento, 1958, 335 págs.

LA ESENCIA de lo chileno permanece en el campo, afirmaron los escritores de la segunda promoción criollista correspondiente a 1910. De preferencia, auscultaron temas y personajes campesinos. En forma reiterada se había de insistir una y otra vez dentro de la órbita criollista que señalaron Mariano Latorre y Luis Durand, entre otros. Hernán Jaramillo profesa su confianza en lo valedero de nuestra idiosincrasia; para él, sigue siendo el campo: allí el hombre vigoroso de tradición, temple, hombría, saturado de un paisaje que le pertenece con la propiedad de la piel.

De un comienzo, en su novela *Cuero duro*, nos muestra la presencia de dos lenguajes paralelos: uno cuidadoso y rítmico —obsérvese el ritmo yámbico de su frase— y otro, el popular, vitalizado con la buena elección de todos aquellos sabrosos giros de la conversación campesina. Es vital su

dicción, recargada de picardía criolla, con el acento de lo chileno a través de más de un siglo. Digamos ya que la acción se inicia por tiempos de don Bernardo O'Higgins, que tocó, de paso, la cuna de Claudina del Carmen Orellana —La Mocha— que había de ser la progenitora del protagonista: Avelino, "el Mocho". Claudina del Carmen Orellana, recortada de estatura, diestra en salmos y conjuros, partera y semibruja, capaz de recitar "la maunífica blanca" para un mal de ojo y "la maunífica negra", para confundir a sus enemigos, en su juventud tuvo amores con un bandolero situando la base de su descendencia.

El "Mocho" vino con buenos augurios, empujando una onza de oro. Tan pronto asomó unos palmos sobre la tierra estuvo en condiciones de servir y se inició como el criado de todo tiempo. Debíó abandonar el diestro caballo de palo por menesteres más viles, como la crianza de las gallinas y el riego de las siembras. Creció alimentado de trigo con la áspera ternura del rescoldo. Adolescente aún, su instinto lo llevó a buscar la incitante frescura del cuerpo de su compañera de juegos. Al pie de un peral comenzaron a revelárse los misterios. Muy pronto, la madre de la muchacha y la Mocha, debieron enderezar el entuerto provocando un pronto matrimonio de los aprendices.

Pasan los años, los días y los veranos se precipitan. El Mocho se convierte en tronco familiar. Pasan de dieciocho sus vástagos. Algunos los diezmó la peste. Otros —de un segundo matrimonio— fueron carabineros, calicheros, vagabundos y hubo hasta una mujer de vida airada. Sorprende el regocijo vital de Micaela, "La Condenada": "medio Chillán holgó con ella, saboreándola, abitiéndose en las primaveras de sus morenas carnes siempre sabrosas, siempre apetecibles" (pág. 224). Sus coplas tienen todo el sabor criollo.

El escenario de un siglo trasluce adelantos mecánicos —pájaros que vuelan, caballos que se desbocan por los rieles, humeando y con el vapor encendido en sus fauces de hierro; hasta la Bomba Atómica, para la que Avelino tiene un despectivo giro chileno.

Quienes busquen prosa atemperada, estilo, medida de conceptos, personajes estilizados, contrafuertes en relieve gris, motivos existenciales, nada podrán decir de *Cuero duro*. En su primera parte, hay una manifiesta intención estilística, rebúsqueda de palabras, frase rehecha hasta encontrar su cabal expresión. Nos parece un escritor un tanto de visita, con los guantes puestos; pero luego entra en confianza. Vuelve a mostrar la manta criollista y la narración se desliza en torrente, aguda, viva, con frenos oportunamente

dirigidos; escenas de violenta crudeza —abundan los motivos eróticos— reciben su toque de óleos grisados y eufemismos. El clima de la novela sucede desde un ángulo naturalista que tiene en su favor el optimismo, pese a la actitud determinista del hombre que sirve y es siempre el criado, el hombre que debe a su patrón, hacienda, mujer y vida.

Homero —el patrón que se comporta como un casticísimo macho, especie de don Juan aceptado y soportado— da muestra de su sexo en inquilinas, criadas y hasta en ocasionales viajeras y caminantes. Aquello de la vieja tierra con hombres viriles, de manta alegre y caballo chúcaro, desprenden su estampa en *Cuero duro*.

Nos asiste la certeza de que no estamos ante una novela realizada conforme a la tendencia actual, a la intención existencial; pero también sentimos en nuestro instinto, que estamos ante una vigorosa novela, apretada, chilena, con cierta proyección universal —en algunos motivos de la pugna humana y en su aliento de lo feudal americano—, pese al color del lenguaje e imagen de sus hombres. Hay allí un lenguaje creado con aciertos de la captación de lo popular, que en Hernán Jaramillo se hace recio, substancioso, personalísimo.

CLAUDIO SOLAR



El Huésped, de MARGARITA AGUIRRE. Ed.
EMECE, Buenos Aires, 1958.

CUANDO HACE ALGUNOS MESES Margarita Aguirre estuvo en Chile, reiteró ante la prensa la afirmación de que la novela premiada por EMECE había sido escrita siete u ocho años antes, por lo cual, inclusive, no se sentía ya "de acuerdo" con ella. Tal declaración no debe ser olvidada, puesto que implica el reconocimiento de un cambio de posición y, respecto al pasado, una consecuencial actitud autocrítica, pese a que ésta no fue definida concretamente por la novel escritora.

No constituye audacia inferir que el descontento de Margarita Aguirre se origina principal o exclusivamente en el contenido de *El huésped*, antes que en la estructura resultante.

¿Cuál es este contenido? Según las palabras de la autora, la novela fue escrita al término de la adolescencia, dato decisivo para su cabal comprensión. En efecto, resulta difícil que un muchacho, o una muchacha, pueda eludir en una obra literaria las proyecciones de sus propias experiencias